

CAPÍTULO 16: MONSTERS

Tum tum tum

Sus zarpas se clavaban en nieve helado impulsando su cuerpo hacia delante y excavando profundas heridas en el terreno. Era consciente de sus músculos, tensados al máximo mientras su espalda se encorbaba en un ángulo imposible; de su aliento acelerado mientras avanzaba a toda velocidad entre la espesura; del olfateo frenético de sus fosas nasales, siguiendo el dulce rastro. La bestia rugió eufórica. Estaba cerca, muy cerca. Casi podía sentir sus colmillos hendiendo la suave carne del cuello de su presa, succionando con rapidez, mientras la cálida sangre bajaba por su garganta reseca, reavivando cada una de sus células. Recordaba la sensación, la había experimentado no hacía mucho. Comenzó a salivar con profusión. Hizo caso omiso a las ramitas que se enganchaban en su ropa, en el cabello.

Estaba muy cerca

Aceleró aún más si cabe, atravesando un macizo de arbustos a toda velocidad, para terminar en una carrera explosiva que la llevó a un área despejada del bosque. Luces flotantes nacían del suelo, pero no les prestó atención. Se detuvo en seco, completamente inmóvil, un depredador al acecho. Sus pupilas se dilataron hasta ocupar todo su iris; el rojo eclipsó por completo el azul y dorado de los ojos de Catra. La saliva comenzó a gotear de las comisuras de sus labios entreabiertos, incapaces de contener los afiliados colmillos que decoraban su boca mientras la bestia esbozaba una sonrisa brutal. Porque en medio del claro, doblada sobre sí misma intentando recuperar el aliento, con los mechones dorados colgando de una deslavazada coleta, estaba su presa. Su aroma alcanzó con más intensidad sus fosas nasales, y no pudo contenerse más. Dejó de lado el sigilo. Sus pezuñas quebraron las pequeñas ramas que había bajo sus patas. La muchacha se sobresaltó con el sonido y se giró. La bestia pudo oler su miedo, su desesperación. Ese latido acelerado que bombeaba sangre cada vez más y más rápido. Se relamió y tensó los músculos de todo el cuerpo, lista para abalanzarse sobre ella. Y mientras en, en un rincón de su mente, Catra gritaba sin voz mientras era testigo de todo.

Adora no miró atrás, cerró la puerta de la sala de rituales apresurada y se precipitó al pasillo que daba a la sala. Valoró durante una milésima de segundo el detenerse para intentar atrancarla con algo, pero algo le decía que cualquier barrera que intentase interponer entre aquello que la perseguía y ella no iba a ganarle más que unas décimas de segundo. Optó por correr. Atravesó los corredores a toda velocidad mientras el corazón le iba a mil por hora. Justo cuando acababa de alcanzar la base de las escaleras escuchó un estruendo a su espalda y un aullido triunfal. El corazón le dio un vuelvo; parecía que



la puerta que había dejado cerrada no había servido de mucho. Se recompuso y comenzó a ascender las escaleras lo más rápido que pudo. Había sido un error ir allí sola, tenía que haberle hecho caso a Catra. Tampoco se regodeó mucho en ese pensamiento. Ya estaba hecho, no iba a perder el tiempo fustigándose con ello. Lo importante ahora era escapar. Desembocó trastabillando en el claro de las luces de nuevo, e intentó recuperar el aliento. Los orbes seguían ascendiendo con calma hacia la bóveda de ramas, dándole una falsa sensación de seguridad. Adora miró a su alrededor frenética. No había lugar en el que esconderse, nada con lo que bloquear la salida del templo. Sus opciones se limitaban a intentar internarse en la espesura y rezar para que sus piernas fueran lo bastante rápidas como para ganar suficiente ventaja para poder encontrar un refugio, o subirse a alguno de esos árboles y cruzar los dedos para que lo que fuera que la perseguía no supiera escalar. Se decidió por el árbol. Adora se incorporó resuelta a encontrar un tronco adecuado para escalar cuando de pronto escuchó un crujido a su espalda. Se le heló la sangre en las venas. Se giró y observó a la criatura que a acechaba.

Conocía esa silueta, esa figura que en ocasiones le había parecido hasta frágil, pero que ahora se encorbaba con brutalidad, preparada para atacar; los colmillos que la habían fascinado durante semanas ahora asomaban por debajo de unos labios rezumantes de saliva, desmesuradamente grandes. Esa boca que a veces le había sonreído con timidez se desfiguraba en una mueca animal. Pero los ojos de la bestia fueron lo que le dejaron claro a Adora que Catra no estaba allí. El rojo había engullido los ojos desiguales de la vampira.

Retrocedió, despacio, y su espalda topó con el tronco de uno de los árboles que cercaba el claro. La bestia se relamió con parsimonia mientras se aproximaba; Adora pudo ver como todo su cuerpo se tensaba, listo para abalanzarse sobre ella y despedazarla.

- No...- gimió.

No le dio tiempo a nada más. Un nuevo aullido atravesó la noche. Adora miró hacia la entrada del templo sobresaltada, solo para ver como sus esperanzas de supervivencia se reducían de ínfimas a cero. Tres enormes lobos acababan de irrumpir en el claro. Lobos era la única palabra que se aproximaba a describir a esas criaturas, aunque era un término que no se ajustaba a los monstruos que tenía delante. Eran tres ejemplares de pelo hirsuto y enmarañado, de un tamaño mucho mayor que el de cualquier lobo normal. Sus patas delanteras eran más robustas que las traseras, y acababan en unas garras que más bien parecían cuchillas, como si su creador las hubiera diseñado pensando en darles las armas perfectas para despedazar a su presa de un solo zarpazo. Las comisuras de sus fauces se alargaban hasta casi la altura de su oreja, ocupando la práctica totalidad de su cara, y haciendo que las criaturas esbozaran una sonrisa sempiterna cuajada de colmillos. Pero lo que más llamaban la atención eran sus ojos, gris plateado, casi blanco. Esos ojos brillaban con una inteligencia inusitada. De los tres ejemplares, el que avanzaba delante, una hembra de considerable tamaño, tenía un aspecto especialmente feroz. Dio un ladrido



corto sin apartar la mirada de Adora, y a su orden sus dos compañeros se separaron mientras la cercaban poco a poco.

Adora no pudo soportar más la tensión, le temblaban las piernas. Se dejó resbalar al suelo, derrotada. Estaba todo perdido, aquí acababa la aventura. No le quedaba energía para nada más. Apartó la mirada de los lobos, que se encontraban cada vez más y más cerca, para volverse hacia a la bestia en la que se había convertido Catra. Si iba a morir, al menos que ella fuera lo último que viera, aunque ya no estuviera realmente allí.

Fue instantáneo, en el momento en que su cuerpo se derrumbó en el suelo, Adora escuchó el rugido triunfal de los lobos, que se abalanzaron sobre ella. Casi a cámara lenta, los ojos de Adora se encontraron con la mirada inhumana de la vampira; azul contra rojo; una fracción de segundo que se convirtió en horas. Adora buceó en los ojos del monstruo intentando encontrar cualquier indicio de que Catra seguía ahí, pero no pudo hallarla. Se dio por vencida, ya no tenía sentido. Adora cerró los ojos, aceptando su final al tiempo que la bestia estallaba también en una carrera explosiva hacia ella.

Su cuerpo se movía de nuevo en contra de su voluntad. La tensión había llegado a su punto más álgido, y había desembocado en una carrera a toda velocidad por hacerse con la presa que tenía delante antes de que se la arrebataran.

Catra había sido consciente de todo; vio como el cuerpo de Adora se derrumbaba contra el árbol, su mirada aterrorizada. Los lobos se abalanzaron sobre ella. Intentó gritar, instarle a que huyera de allí, pero fue incapaz. Adora apartó la vista de la muerte que caía sobre ella para mirarla. Sus ojos se encontraron durante una fracción de segundo; pareció que Adora buscaba algo, esperanza, no supo con certeza el qué. No lo encontró. Cerró los ojos derrotada.

El monstruo lo tomó como una señal, y salió disparado hacia ella también con un aullido hambriento. Sus patas se acercaban a la muchacha, cada vez estaban más cerca, apenas a unos metros de sus garras...

Catra no lo soportó más.

Hizo acopio de toda la fuerza de voluntad que le quedaba, de toda su cabezonería. Se apoderó con la sed de sangre que cegaba a la bestia y la redirigió contra los lobos.

Si el monstruo quería una presa ella se aseguraría de que la consiguiera.







Un crujido húmedo seguido de un gemido ahogado fue lo siguiente que Adora pudo percibir. Se había acurrucado sobre sí misma, cubriéndose el rostro con los brazos de forma instintiva en un vano intento por protegerse, de prepararse para el dolor, pero éste no había llegado.

Abrió los ojos despacio. La recibió una escena de pesadilla. La bestia de Catra se había abalanzado sobre los lobos en lugar de abrirle a ella la garganta. Sostenía ahora al más pequeño de ellos en el aire, como si la criatura no fuera más que un muñeco de trapo al viento; las garras de la vampira atravesaba su cuello, las fibras musculares del animal se enredaban en sus garras mientras la sangre salpicaba su rostro. A ella no parecía importarle en absoluto. Los dos formaban una imagen dantesca en la que la inmovilidad sobrenatural de la vampira contrastaba con los espasmos estertóreos del lobo. Cuando el cuerpo del animal quedó inmóvil, la vampira lo lanzó a varios metros de distancia como si fuera un despojo. Todavía sostenía la tráquea de la criatura en la mano. Observó su trofeo con desinterés para luego lanzársela a sus compañeros, que se habían quedado congelados en el sitio por la sorpresa. Adora pudo ver claramente como una sonrisa cruel se extendía por su rostro, desnudando aún más sus colmillos.

La provocación pareció devolverlos a la realidad; con una velocidad bestial, ambos lobos se abalanzaron sobre la pequeña figura de la vampira, las garras desnudas listas para destrozarla. Justo cuando parecía que las fauces de la líder iban a cerrarse en su cuello, Catra desapareció. En un movimiento fluido que parecía más un paso de baile, la vampira se apartó de su camino, situándose detrás del ejemplar más grande. Disparó una garra hacia delante aferrándole de la nuca y estampó a la criatura contra el suelo en un golpe brutal, destrozándole las vértebras cervicales. El animal quedó desmadejado en el suelo, inmóvil. La líder del grupo no tardó en reaccionar esta vez, se revolvió a medio salto y lanzó una dentellada en dirección de la vampira. Catra no tuvo tiempo más que para cubrirse con el brazo. Rugió de dolor cuando los dientes de la loba atravesaron la carne de su antebrazo. La loba apretó la mandíbula con saña, y Adora fue capaz de oír el crujido desagradable de un hueso que acababa de romperse. La vampira aulló rabiosa. Tiró en un intento por desembarazarse de la mordida, pero solo logró que los colmillos del animal le desgarraran aún más el antebrazo.

Adora asistía a la escena aterrorizada. Se incorporó temblorosa, apoyándose contra el tronco del árbol a su espalda. Catra intentaba librarse de la mordida de la loba desesperada; rugía fuera de sí y tenía los ojos desorbitados. El enorme animal había comenzado a arrastrarla sin miramientos hacia la entrada del templo, pero la vampira había clavado los talones en el terreno para intentar frenar su avance. Adora extendió un brazo en su dirección y dio un paso, tambaleándose. La vampira golpeaba la loba sin parar mientras la bestia no dejaba de gruñir, escupiendo espumarajos sanguinolentos mientras le mordía el brazo con más saña si cabe.



Tenía que ayudarla. No le cabía duda de que ella mismo iba a morir esa noche, ya fuera a manos de los lobos o de la vampira, tanto daba. Pero al menos tenía que intentar que Catra se salvase. Las había condenado a ambas al acudir allí por su cuenta. Se lo debía.

Catra estaba cegada por el dolor. Había sangre por todos lados, su olor le nublaban los sentidos. No podía pensar con claridad. Sentía cómo los colmillos de la loba destrozaban su musculatura. Las astillas de su radio fracturado se clavaban en su carne, intensificando la sensación hasta hacerla insostenible. Si seguía así terminaría por perder el control de su cuerpo de nuevo, y eso no podía permitirlo. No podía dejar que su instinto tomara las riendas, porque estaba segura de que lo primero que haría el monstruo después de deshacerse de la loba sería abalanzarse sobre Adora.

Percibió un movimiento a su espalda una leve brisa que la puso sobre aviso y le dio el tiempo justo de apartar la cabeza. Un silbido rápido pasó a unos milímetros de su oído, donde segundo antes había estado su cabeza, para clavarse con un golpe húmedo en el cuello de la criatura que la estaba destrozando. El aliento cálido de Adora le acarició la mejilla, su aroma embriagador enmascaró el de la sangre. Sentía su calidez, el pecho de ella pegado a su espalda mientras Adora sostenía con firmeza la daga con la que acababa de acuchillar a la loba.

Catra pensó que no le importaría morir así, y se dejó caer sobre el pecho de Adora.

Adora retorció la daga con saña en el cuello de la criatura, que rugió de dolor, liberando por fin el brazo de la vampira. Catra se derrumbó sobre ella, Adora solo tuvo tiempo de soltar la daga ceremonial con la que había acuchillado al animal para abrazarla, y arrastrarlas a ambas lo más lejos posible de la criatura moribunda.

- ¡¿Catra?! Mírame por favor.

Adora posó su mano en la mejilla de la vampira para examinarle el rostro. La vampira entreabrió los ojos con dificultad para mirarla. Adora se dio cuenta de que habían recuperado su coloración normal.

- A...adora...-dijo Catra con un hilo de voz.

Adora no pudo evitar que se le escapara una risa ahogada de puro alivio.

- Estoy aquí, no te preocupes. Voy a sacarnos de aquí. – no estaba segura de cómo, pero lo haría.

La vampira tenía el brazo destrozado. La sangre empapaba todo su costado, llegándole casi hasta la pierna, y estaba empezando a manchar la hierba sobre la que estaban sentadas. Si no detenía la hemorragia pronto iba a desangrarse. Adora desató la cinta que



le recogía el pelo y rodeó el brazo de Catra justo por encima del codo. Apretó el nudo todo lo que pudo, intentando no cortarles del todo la circulación. Tenía que evitar que se le gangrenara el brazo.

Catra abrió la boca de nuevo para hablar.

- Lo siento...- musitó.
- No te preocupes, se que no has sido tu- susurró Adora.

Catra sonrió débilmente. Cerró los ojos despacio, agotada, y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Adora. El corazón le dio un vuelco.

- Catra, ¡Catra! No, no, no – la sacudió con urgencia tratando de despertarla, pero fue inútil. - No me hagas esto- gimió desesperada.

Su piel olivácea había adquirido un tono ceniciento que no auguraba nada bueno. Adora la abrazó con fuerza, enterrando la cara en su cuello mientras la mecía. Podía escuchar los latidos de su corazón, estables aunque débiles. Se recuperaría, tenía que hacerlo.

- Te vas a poner bien.- murmuró, en un intento de convencerse a sí misma.

Se quedó un rato así, escuchando su respiración, asegurándose de que no se desvanecía de entre sus brazos, hasta que un gemido animal la devolvió de nuevo a la realidad.

Adora levantó la cabeza y vio el cuerpo derrumbado de la loba a tan solo unos metros más allá. La empuñadura plateada de la daga ceremonial asomaba entre su pelaje, y un chorro de sangre salía disparado de la enorme herida de su cuello. La miró con desesperación, casi como suplicándoles. El animal gimoteó, mientras el charco de sangre a su alrededor se hacía cada vez más y más grande. Empapaba su pelaje castaño claro de un rojo arterial. Adora se fijó en sus ojos; habían perdido esa coloración plateada casi tóxica y ahora eran de un verde brillante, cálido. Algo se revolvió en su interior bajo esa mirada; no parecían los ojos de un animal, eran demasiado humanos; y las observaba a ambas como si les pidiera disculpas.

Adora no pudo determinar cuánto tiempo permanecieron allí, ella abrazando a Catra mientras el animal se apagaba poco a poco. Su respiración se tornó en estertores agonizantes. El brillo de sus ojos se apagó poco a poco, hasta desaparecer.

Y mientras la luna llena se alzaba orgullosa en el cielo nocturno,

